

**Contra la farsa
electoral:**

COMUNISMO

**Al Proletariado de la región
Latinoamericana**



Las recientes victorias del progresismo en América Latina han marcado un supuesto «porvenir de esperanza y cambio» en la región. Las victorias de López Obrador en México, Lula en Brasil, Petro en Colombia, Boric en Chile, Chaves en Costa Rica, y Castro en Honduras son la ola de dicha «transformación». La izquierda del capital, supuestamente dispuesta a brindar mayor bienestar y borrar los males del capitalismo que nos aqueja, ha ganado y ha empezado a gobernar (nuevamente) con confianza e ilusión. No obstante, no nos podemos dejar engañar: toda esta reconfiguración es, en realidad, una derrota más para el proletariado mundial.

Este «nuevo» oleaje es solamente una constante vuelta de tuerca que ha manejado el capital en su necesidad de supervivencia. El proletariado latinoamericano ha demostrado en los últimos años su profunda combatividad, pero sin una perspectiva revolucionaria, dicho horizonte se ha trasladado al reformismo banal –y propio– del capital. Es así como lograron triunfar en la democracia, solamente para mantenerla.

De esta manera, la conciliación de clases se despliega de forma total en los llamados gobiernos progresistas. Por ejemplo, en Colombia, Gustavo Petro ha llamado constantemente al supuesto «Gran Acuerdo Nacional», reuniéndose a negociar con la fracción tradicional de la burguesía colombiana. En nombre de su propia fracción, y desde el propio inicio de su campaña, el llamado «Pacto Histórico» no ha sido más que un instrumento para lograr la plena subordinación del proletariado, pactando, justamente, con los representantes del capital. En cuanto el gobierno se posesionó, realizó todo tipo de artimañas clásicas de la democracia liberal con las demás facciones de la burguesía, acordando así un proyecto único y aprobando sus reformas. Sin embargo, la lucha de clases no depende de meros voluntarismos, y en cuanto inició el gobierno, los trabajadores rurales colombianos se lanzaron a tomar tierras, y fueron (como no podía

ser de otra forma) reprimidos por el supuesto gobierno que les representaba.

El caso de Lula Da Silva en Brasil es igualmente representativo. No es solamente que el PT incumplió su promesa con el Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra (MTS) en los gobiernos pasados, sino que además permitió su represión. Y, en este último año, ha tenido que realizar muchas más concesiones luego de que la facción bolsonarista estuviese en pleno auge en el país. Así, se ha mantenido el apoyo a las fuerzas represivas del Estado, aumentando la violencia tanto contra las comunidades indígenas en Matto de Grosso como contra la población afrobrasileña en Sao Paulo. En general, el gobierno del PT solamente ha sido una neblina que ha intentado tapar, de forma clara, la violencia contra nuestra clase. Y no ha sido distinto en los demás gobiernos de la región. Boric ha ido reforzando el aparato represivo del estado en las regiones con presencia mapuche en Chile, y ha rechazado incluso las movilizaciones en conmemoración del socialdemócrata Allende. O López Obrador pactando con Carlos Slim y realizando un Tren que solo tiene como objetivo mayor concentración y expansión del capital en México. En fin, así podríamos seguir con las claras evidencias de que este supuesto cambio no es más que una fórmula, ya conocida, que el capital tiene para engañarnos en su afán de mantenerse indefinidamente.

Tampoco podemos obviar el papel central que han tenido muchos de los grandes sindicatos, hoy organizaciones plenamente integradas en el Estado Burgués, como parte fundamental de este proceso de conciliación en todos los gobiernos progresistas de la región. En Colombia, la CUT y la CGT se sientan año tras año para negociar aumentos míseros del salario mínimo, y han sido de suma importancia para la realización de la reforma laboral del gobierno y correa de transmisión de votos. Pero quizás el caso más emblemático sea el uruguayo, donde el PIT-CNT es el único sindicato

nacional, y ha sido un completo catalizador para la hegemonía del socialdemócrata Frente Amplio en dicho país.

Con este breve repaso, es necesario dejar una cuestión muy clara acerca de la democracia, sobre la cual muchos aún depositan sus esperanzas: La mistificación democrática. Esta es una representación abstracta igual de virulenta que cualquier proceso de fetichismo presente en las sociedades donde predomina el modo de producción capitalista. La hiper-liberalización de las fuerzas productivas del capital pasan a antropomorfizarse dando como resultado un sistema donde la representación, la inmediatez, la imagen (valor de cambio, publicidad política, compra de votos o eslóganes electorales) es la intervención primigenia de cualquier mediación social.

Así, es de suma importancia recordarles a aquellos nublados por dicha mistificación, que en la región de América Latina es justamente esta la que más ha dejado excluida a millones de trabajadores. El abstencionismo en la región ronda en casi todos los países el 50% o más. Quien se atreva a decir la absurdez de que no votar «es un privilegio» como lo han hecho algunos en otras latitudes, desconoce por completo la realidad pasada y actual. Incluso, la misma literatura burguesa nos da razón, como lo han comprobado politólogos como Acemoglu o Solt, a quienes, claramente, su preocupación es la «debilidad» de la democracia por la desigualdad, pero que en realidad siguen demostrando, sin darse cuenta, cómo ésta misma hace parte del movimiento superestructural del capital. Manteniendo así sus posturas desde la perspectiva de la clase meramente sociológica, no votar es estar del lado del proletariado. Y votar es la muestra de que nuestra clase sigue siendo plena y, desafortunadamente, fácilmente explotada, y que el ejercicio del mismo sólo les es funcional para seguir escogiendo a sus futuros verdugos.

Siguiendo así el hilo histórico, la democracia se traduce como una forma política común que interviene para regular la gestión de la polis de forma participativa, esto es, en otras palabras, la nivelación de las contradicciones en el seno de las sociedades de clases, la regulación del control monopólico de la violencia, la pacificación del oprimido por medio de la farsa electoral y por último, el revestimiento del autoritarismo y la represión de clase. No es extraño pues que las sociedades con opresiones más cruentas y divisiones sociales más agrietadas hayan sido en esencia sociedades democráticas. Como la Atenas antigua o la República Romana, que aunque la limitaba presuponiendo la existencia del "ager publicus" afirmando que los esclavos no eran hombres, la consolidaba como arma política esencial en el orden bélico, cultural y social. Inclusive, en la sociedad moderna, las primeras naciones liberales-burguesas implementaron la democracia en un sentido de participación indirecta (como aún se da incluso en Estados Unidos de América) que fue quirúrgicamente distribuida para que solo participaran las personas regentes de algún tipo de propiedad. Aunque, en una etapa histórica de hiper-liberalización y por lo tanto, extensión del dominio capitalista sobre la vida del proletariado está más presente que nunca, no podrá entenderse jamás el paradójico totalitarismo presente en las sociedades democrático liberales sin entender la forma más más abstracta e ilusoria: la patria.

La patria en su origen histórico fue una construcción (también) democrática que nunca excluyó de ninguna manera la autoridad, el terror, la opresión. Por el contrario, ella los necesita como catalizador en sus fundamentos históricos ¿que es si no la "patria latinoamericana" (que los izquierdistas tanto aman) construida en base al despojo en el campo, a la violencia más encarnizada contra los obreros, como el caso de los bananeros en ciénaga (Colombia) en 1928 o la masacre de los salitreros de 1907 en Chile? Con ello, el llamado a la defensa de la patria palidece en cuanto a palidece también la democracia actual. Ya ni siquiera

planteada desde su otrora autoridad ilustrada y modernista si no como un simple kit de mercado gravitando en torno a: el espectáculo, la teatralización de su esquema y aún peor, la lumpenización y marginalización de los sectores obreros más empobrecidos con el fin de que sean una amalgama solo usada como capital político para que las burguesías regionales puedan relanzar otro ciclo de acumulación. La maquinaria de acumulación de la clase dominante basada en el narcotráfico, el control del capital estatal (entendido este capital como gestión del burgués colectivo) para una sobrevivencia de sus fuerzas productivas ligadas a la mafia solo da paso a una conclusión lógica:

"El asalto del proletariado a las ciudadelas del capital no podrá hacerse con ninguna posibilidad de éxito sin que el movimiento revolucionario del proletariado termine, de una vez por todas, con la democracia [y con la patria]. Ésta es el último refugio de todas las renegaciones, de todas las traiciones, porque ella es la primera esperanza de aquellos que creen sanear, revigorar el mundo actual que está podrido hasta sus propios fundamentos." (Invariance, serie I, nº 6 (abril-junio 1969))

En definitiva, la defensa tanto de la patria como de la democracia sólo nos llevará nuevamente a una reorganización del proletariado en filas de la reacción y el "antiguo" régimen capitalista.

Asimismo, a nivel internacional, estos últimos tiempos han sido peligrosos y complejos: Las tensiones crecen en el pacífico, el África occidental puede estallar en guerra en cualquier momento, en cada región del planeta los bloques imperialistas se reconfiguran y se enseñan los dientes mientras la guerra en Ucrania ha dado el primer trazo de lo que podría ser un futuro conflicto armado mundial por la reordenación de la extracción de plusvalía, que ha sido seguido ahora por la reanudación del conflicto de la región palestina. Los polos se mueven: en su Cumbre del 2023, que tuvo lugar entre el 22 y 24 de agosto, el bloque contendiente, BRICS, se

ha ampliado, incluyendo en su seno ahora a Irán, Emiratos Árabes Unidos, Arabia saudí, Etiopía, Egipto y Argentina. Estamos sin duda en un periodo de inflexión para el imperialismo del siglo XXI. Y en la región Latinoamericana estos pulsos imperialistas son el pan de cada día de la política local.

Desde la primera guerra mundial; las burguesías nacionales tradicionales se han colocado firmemente, a lo largo del último siglo, del lado del bloque Imperialista comandado por los Estados Unidos, quienes a cambio les han asegurado su dominio ante los intentos de grupos burgueses más ambiciosos. Por lo general, aquellos alejados de la tenencia de la tierra por las oligarquías tradicionalmente terratenientes, han buscado reestructurar su condición frente a la extracción de valor en el mercado mundial poniéndose primero en buenos términos con las fuerzas de los poderes centrales y el posterior eje, aprovechando las crisis que la guerra generaba en Europa como oportunidades para expandir su poder localmente, como nacionalizar recursos y empresas importantes como es el ejemplo del petróleo Mexicano. Durante la guerra fría dieron el paso a la alianza con el bloque soviético, siguiendo el ejemplo de la Cuba castrista a la que proclamaron "La Dignidad de América". Ambos bloques burgueses internos no han estado "escritos en piedra", por lo que se han movido de manera fluctuante según sus propios intereses han estado o no en concordancia con los intereses de una u otra potencia en cada momento del último siglo. Y el periodo que vivimos no es diferente.

Ahora, las distintas figuras ya mencionadas anteriormente como Lula y su "PT" en Brasil, Petro con la Coalición del "Pacto Histórico" en Colombia, Bernardo Arevalo como presidente electo en Honduras por el "Movimiento Semilla", han sido el impulso de esta "izquierda Histórica" de la burguesía latinoamericana que por tanto tiempo ha deseado el resurgir de la región como potencia imperialista en regla propia, tras más de un siglo de

dominio Estado Unidense que ha limitado sus posibilidades como mera prestadora de servicios y productora de materias primas.

Se preguntarán los seguidores de la izquierda capitalista de qué hablamos "¿Cómo puede ser una derrota, si es una oposición al imperialismo, si es una alternativa antiimperialista?" Les respondemos que el anti imperialismo y el internacionalismo no van de la mano de ponernos en el campo burgués; en realidad son lo contrario. Como fase avanzada del trayecto histórico de la sociedad capitalista, el imperialismo no es una simple relación de "opresión entre naciones", dicha noción no es más que la simplista visión del miope demócrata que se viste de rojo pero que en su corazón y en su práctica acompaña dicho color con el blanco y el azul.

El imperialismo es una característica intrínseca del capitalismo contemporáneo, por lo que todas las relaciones entre los Estados son imperialistas. Esto, porque desde el inicio de dicha etapa las "burguesías nacionales" han perdido toda capacidad de construirse de forma independiente las unas de las otras, la centralización del valor ha llegado a tal punto que cada intento por alcanzar esa independencia frente a las "potencias dominantes" ha resultado en tomar partido por el bloque contrario, como lo vemos en las condiciones que nos competen en el mundo de hoy ¿Acaso fue la descolonización de África suficiente para traernos la revolución proletaria y la caída del dominio del capital? Creemos que esta pregunta se responde sola.

Nos vendrán entonces con la palabrería de la "liberación nacional", y la "autodeterminación de los pueblos", trayendo a un "Lenin" que sólo evocan cuando les es ventajoso. Cabe recordar que desde el mismo surgimiento de nuestro movimiento; en aquél "documentito" llamado "Manifiesto del Partido Comunista", del que "la izquierda" capitalista reniega porque no comprende su contenido y se queda en la forma, nuestra política se basa en el reconocimiento de que nuestra clase no posee nada, ni siquiera una patria. La defensa de los movimientos

burgueses de ciertos países hecha por Marx y Engels respondía a la necesidad de la expansión del capitalismo a todo el globo, que la revolución burguesa aceleraría, precipitando a su vez la llegada de la revolución proletaria. Pero aún así, poniéndonos desde la perspectiva de la "necesidad de la revolución burguesa" (es decir, adquiriendo vuestra miopía para entendernos) les preguntamos ¿qué "Nación" hemos de liberar?, ¿no fue esa ya la heroica gesta que héroes burgueses como Bolívar, a quien ustedes mismos admiran, llevaron a cabo contra el Imperio Español? ¿No es Latinoamérica ahora una región plenamente capitalista y burguesa, donde cada uno de los Estados que en ella se encuentran son repúblicas burguesas? ¿Qué hay que liberar? Cuando ustedes le hablan a nuestra clase de liberación lo hacen con el interés de esa reconfiguración de las relaciones imperialistas, es decir, su posición es una posición burguesa, totalmente ajena al movimiento comunista, opuesta a éste y a su programa. Imaginen a los indios / hindúes pidiendo la "liberación nacional" aludiendo a que la guerra liderada por Ghandi no fue suficiente, y verán exactamente en lo que caen ustedes.

Y es que ustedes ven el socialismo como un asunto estatal y burocrático. Aunque lo nieguen, todos están infectados de la gangrena del "socialismo en un solo país" que lleva necesariamente a la idea de creer que es posible tener un Estado "socialista" (que es en sí un oxímoron) junto a Estados capitalistas, conviviendo en el mismo planeta.

El proletariado no tiene nada que ganar de la victoria de ésta u otra burguesía, una guerra imperialista mundial necesita de nosotros nuestra total oposición y sabotaje, y nuestro enemigo más cercano es "la burguesía que tenemos en casa". De igual forma, las disputas interburguesas dentro de las fronteras de los Estados que habitamos son igualmente derrotas, si llamamos a que el proletariado apoye a una u otra fuerza política.

Aquí caen, nuestros modernos "socialistas", dígase "marxistas" o no, y trátense de conflictos inter-imperialistas "internos" o "externos" (creemos que la interconexión es tal que la diferencia es únicamente de forma y no contenido) en los mismos planteamientos que hace poco más de 100 años generaron la expulsión de Mussolini del Partido Socialista Italiano, y que tan solo 15 años después serían la regla para el degenerado movimiento "comunista".

La única acción comunista que podemos llevar a cabo es unirnos bajo líneas internacionalistas, en el sentido que expresaría Lenin:

"El socialista, el proletario revolucionario, el internacionalista razona de otra manera: el carácter de la guerra (la guerra es reaccionaria o revolucionaria) no depende de quién haya atacado ni del territorio en que esté el "enemigo", sino de la clase que sostiene la guerra y de la política de la cual es continuación esa guerra. Si se trata de una guerra imperialista reaccionaria, es decir, de una guerra entre dos grupos mundiales de la burguesía reaccionaria imperialista, despótica y explotadora, toda burguesía (incluso la de un pequeño país) se hace cómplice de la rapiña, y yo, representante del proletariado revolucionario, tengo el deber de preparar la revolución proletaria mundial como única salvación de los horrores de la guerra mundial. No debo razonar desde el punto de vista de "mi" país (porque ésta es la manera de razonar del demócrata nacionalista, desgraciado cretino que no comprende que es un juguete en manos de la burguesía imperialista), sino desde el punto de vista de mi participación en la preparación, en la propaganda, en el acercamiento de la revolución proletaria mundial. Esto es internacionalismo, éste es el deber del internacionalista, del obrero revolucionario, del verdadero socialista."(V. I. LENIN, LA REVOLUCIÓN PROLETARIA Y EL RENEGADO KAUTSKY)

Es entonces nuestro deber el oponernos al imperialismo en el sentido más completo y profundo de la palabra, y eso se hace defendiendo el

programa Histórico de nuestra clase, es decir: el Comunismo. Organizándonos de manera autónoma como clase, luchando contra la gangrena reformista que la infecta hace un siglo, recuperando y defendiendo nuestra doctrina, y así, finalmente, construyendo nuestro órgano central para la lucha final en contra del orden burgués: El partido proletario mundial.

Por todo lo anterior (y mucho más) la democracia y la patria no nos conciernen. Gane quien gane, la única victoria posible para nuestra clase se dará luchando por su independencia, quitándonos de la cabeza todos estos mitos, y aceptar finalmente la realidad de que el único programa mínimo viable es el comunismo.

¡No demos nuestra aprobación pasiva a la burguesía llamando a votar! Nuestras cadenas sólo se harán más pesadas si permitimos que la ideología dominante y el programa burgués; con su democracia y sus derechos, sigan guiando las luchas de nuestra clase. Primero necesitamos constituir la única herramienta real, que es aquella que niega todo aquello que existe. No la que lo afirma con otras palabras. El imperialismo se dispone a preparar una nueva guerra, y la clase revolucionaria necesitará de las mejores armas si quiere salir victoriosa.

¡Abstengámonos, entonces! Abstengámonos de elegir a las caras de nuestra opresión, neguémonos a validar nuestra explotación!
¡Juntémonos de manera unitaria para construir el partido! Y así, darle forma realmente al contenido revolucionario de nuestra clase. Elijamos nuestro bando, camaradas: ¡¡A elegir el comunismo!!

Balance y Avante

2023

<https://balanceyavante.wordpress.com>

